

"Lleno de lágrimas será el día  
en que resurgirá de sus cenizas  
el hombre para ser juzgado.  
Por lo tanto, ¡oh, Dios!  
Ten misericordia de él".  
*Lacrimosa, Mozart*

## ESCARCHA

Cada año, solía pasar la noche del día de Todos los Santos con mi abuela Inés en la vieja casa de la esquina. En ese lugar se crió de jovencita y vivió hasta que crecieron sus tres hijos. Más tarde, con la muerte de mi abuelo, decidió mudarse a un piso cerca del centro de la ciudad, pues allí le sería mucho más cómodo realizar sus quehaceres rutinarios. Desde entonces, la casa quedaba deshabitada, vacía y llena de polvo y eco hasta esa única noche del año.

Siempre llegaba una semana antes a mi buzón una carta. En ella, se encontraba la invitación correspondiente a la cena citada. Era una tradición inquebrantable. Cuando abrí el sobre, me pareció ver dentro exactamente una réplica de las invitaciones anteriores. Pensaba que lo era; sin embargo, a primera vista no observé un pequeño detalle: en la despedida final, nunca mi abuela me había rogado que llevara pasteles.

La mañana del treinta y uno me dispuse a coger el tren para llegar a mi destino. La llovizna cubría mis zapatos de óvalos transparentes que competían entre sí para caer antes al asfalto.

— Si no te cubres la cabeza, te resfriarás. — Dijo una vocecilla tímida y quebradiza antes de subir al tren.

— Gracias. — musité y me tapé el pelo mojado con la capucha.

— La ciudad en esta época es igual de fría que la escarcha, pronto llevaremos bufandas. ¿Hacia dónde te diriges? ¿Tienes algún muerto al que velar?

— Voy a la ciudad. Solo tengo asuntos pendientes con los vivos por fortuna. ¿Y tú?, ¿con qué motivo coges este tren?

— Mis muertos pertenecen a la ciudad. Allí están, allí vuelvo. Ya pertenezco a ese lugar, aunque no quiera.

No supe qué responderle, solo se me ocurrió decirle a aquella muchacha de ojos tristes que cerca de la estación había una cafetería. Un lugar caliente puede abrazar un corazón helado.

Mi propuesta funcionó. Aceptó y me acompañó.

— A veces un desconocido puede llenarnos un poquito el alma, ¿verdad?

— A veces sí.

Nos despedimos con la mano sin decir “adiós” muy alto. Ambos queríamos encontrarnos de nuevo, aunque fuera en otra vida y sin pretextos. Aunque fuera con los ojos tristes. No sabía su nombre, solo que no la olvidaría jamás. Con su rostro en mi mente, me dirigí hacia mi destino con las manos resguardadas en los bolsillos. Un gato negro maullaba como si de un gemido de dolor se tratase.

La puerta de la casa de la esquina estaba abierta, al llamar, me di cuenta de aquello. Pasé cargando la bandeja de pasteles en mis manos y creo que temblé. Llegué al comedor y allí vi ocho platos con sus respectivos cubiertos. Estaban vacíos. No había nadie. Solo mi eco. Dejé los pasteles en la mesa y comencé a llamar a mi abuela.

— Abuelita Inés, abuelita Inés, ¿dónde se encuentra usted?

Al rato, apareció con un vestido precioso.

— Querido, siéntate, aún faltan cinco minutos para que sean las doce.

A la hora que dijo, empezó a sonar la puerta, un ruido mecánico disipaba el eco. Aparecieron seis invitados muy elegantes y muy muy ancianos, excepto un niño. Algunos parecían recién salidos de mis apuntes de historia. Uno fumaba pipa y leía un periódico amarillento que estaba a punto de convertirse en la ceniza que expulsaba de sus labios, otro hablaba latín con soltura, una mujer lloraba gritando “por qué”, dos iban de la mano cantando a Raphael, y el último que cruzó la puerta era un niño de no más de seis años que me miró fijamente a los ojos y dijo “te pareces tanto a mí”.

Esa escena tan excepcional y a la vez tan apabullante, me heló la sangre más que cuando las gotas calaron mis zapatos en la estación de tren, más que cuando la muchacha de ojos tristes movió sus labios dibujando la palabra “adiós”.

Cuando giré la cabeza, los platos estaban llenos, contenían asado. Y los viejos comenzaron uno por uno a contar historias oscuras del pasado.

— Yo siempre he sido un envidioso, todo lo ansiaba, todo, incluso a las esposas de otros. En menudas odiseas me he metido yo por ello.

Las risas estridentes me acorralaron en aquel comedor. Todos contaron algo. Algo de lo que se arrepentían, que les pesaba en el corazón. Los errores de aquellas gentes eran de lo más comunes; no obstante, ellos los contaban como si de pecados capitales se tratasen. La codicia, la infidelidad, las traiciones, los secretos... todo salió a la luz en esa oscura habitación. Las velas se apagaron de pronto, como si el mismo Dios hubiera enfurecido ante tanta maldad.

— Es el viento, ¿puedes cerrar la puerta de la cocina, Benito? — Le rogó mi abuela al que hablaba perfectamente aquella espeluznante lengua muerta.

De pronto el más anciano de todos interrumpió el incómodo silencio y se dirigió a mí.

— Es tu turno, muchacho. ¿Hay algo de lo que peques en particular?

— Señor, si le soy sincero, ahora mismo no me viene nada a la mente. Soy consciente de que tengo mil y un defectos. Sin embargo, creo que ninguno me define ni caracteriza.

— Increíble y ansiada juventud, qué especiales nos creemos, ingobernables, infalibles, eternos.

Su discurso fue una honda punzada. Aquellos curiosos personajes me hicieron sentir más vivo que nunca. Sus historias, sus palabras, sus vidas se entrelazaban a la mía y parecían no abandonarla jamás. El frío comenzó a hacerse presente en el comedor, los pies se me empezaron a helar. La abuela seguía riendo, los invitados también. El niño cantaba dulce una canción que me sé de memoria.

Todo parecía estar en armonía en aquel diabólico ambiente helado. De pronto, llamaron a la puerta.

— Inesita, ¿esperas a alguien más? — Dijo uno de los ancianos con un gran amor.

— No, querido, ya estáis todos aquí. ¿Tú se lo has dicho a alguien más, hijo? — se refería a mí.

— No, abuela, no espero a nadie.

— Abre, a ver.

Abrí la puerta y allí estaba ella, la chica de ojos tristes.

— Tú... eres tú... — no pude evitar tartamudear.

Tomó mi mano y condujo mi inerte e inmóvil cuerpo hacia el exterior. Allí acarició mi piel y me miró con unos ojos que gritaban “sígueme”. Corrimos lejos, rápido, sin detenernos ni un solo segundo hasta que llegamos a un oscuro callejón.

— ¿Qué hacemos aquí? Aún no sé tu nombre y aquí me tienes, detrás de tus pasos, sin querer apartarme ya de ti.

— Quiero decirte algo... y después te marcharás a casa.

La densa niebla inundaba el ambiente de humedad y frío. Un espeluznante escalofrío atravesó mi espalda. Mi corazón comenzó a latir muy rápido, se me habría salido del pecho en cualquier momento. No pasó, estaba ahí, dentro. No sabía si era por el fantasmagórico escenario o por la mano que sostenía.

— ¿Crees en el destino? — me preguntó tímidamente.

— Creo en la voluntad. — Respondí.

— A veces la voluntad es una consecuencia del destino...

— Quizá sea el destino una excusa para ser valiente.

— No podía irme de aquí sin despedirme. Gracias por haberme robado una sonrisa en ese tren.

— Dime tu nombre... es lo único que ansío en este mundo, con saberlo podría morir sin poner resistencia. No me importa nada más, todo es niebla, solo dime tu nombre... — Le rogué.

— Nómbrame como tú quieras, dame el nombre que desees... yo ya soy esa niebla, ya amanece pronto, ya pronto seré polvo, seré viento y eco y humo y negro y eternidad.

— Y recuerdo... nunca te olvidaré. — Añadí.

No dije nada más, estaba completamente desconcertado; ella lo hizo todo. Selló mis labios con los suyos y, luego, se convirtió en escarcha.

Entré a casa desconcertado, mi abuela descansaba en un sillón dormida. Los invitados se habían ido, los platos seguían ahí. De pronto, vi que mi abuela tenía un álbum familiar en sus manos y empecé a reconocer los rostros de aquellas personas. Un hombre la besaba en la frente, joven, feliz, con la mirada de aquel anciano que la llamó “Inesita” con amor. En otra, mi madre sostenía un niño en sus brazos y sonreía. Dos ancianos enamorados posaban junto a la casa de la esquina. Un profesor escribía en la pizarra frases interminables. Una chiquilla rubia paseaba con su perro junto a la abuela Inés... Cerré el álbum y en la última foto ponía: “Las personas más importantes de mi vida, por siempre en mis recuerdos y en mi corazón”.

La ventana se empezó a empañar; amanecía; nevaba fuera y las calles se hallaban desiertas. Los muertos estaban ya aquí, de nuevo, por siempre en el frío.

*Niebla*